

LAS REPRESALIAS DE PABLO

(ROMANCE VENATORIO)

I

Dos peñascales horrendos,
Abajo, un río que brama,
Y arriba, el arco de un puente
Que aquel precipicio salva
Cual cinta sutil de acero
Sobre el abismo curvada.

La blanca luz de la luna
Luchaba con la del alba:
La de la aurora perdía,
La de la luna ganaba.

Un cielo que nada dice,
Un mundo en que nadie habla,
Soledades de sepulcro,
Silencios hondos que alarman,
Quietudes inalterables,
La plenitud de la calma:
Menos: la inercia absoluta
De la vida desmayada;
Aún menos: la muerte misma
Que sobre el mundo descansa;
Y si no zumbara el río,
¡Todavía menos!... la nada.

II

Era el sueño, no la muerte:
No hay muerte, no muere nada
Mientras se sepa que el hálito
De Dios por los mundos vaga.

De los blancos peñascales
Surgieron como fantasmas
Dos hombres, y cautelosos
Hacia el alto puente avanzan

Como ciervos que ventean,
Como liebres alarmadas...

Del puente en la embocadura
Cambiaron unas palabras;
El uno apostóse fuera,
El otro enfiló la entrada,
Pasó, y en la lejanía
Se perdió como un fantasma.

III

La blanca luz de la luna
Luchaba con la del alba:
La de la luna perdía,
La de la aurora ganaba.

Misteriosa brisa fresca
Pasó batiendo las alas:
Vino del lado del día,
De Oriente vino, y sus ráfagas
Movieron olores acres,
Frescuras de rociada.
Cantó una abubilla necia
Tres veces. Alborëaba.

Una raposa flexible
De cola espumosa y larga,
Blandos andares felinos
Y anchas pupilas de ámbar,
Llegó á un extremo del puente
Como sombra que resbala.
Dudó; miró á todas partes,
Tomó viento, recelada,
Y cual perro avergozado,
Como ladrón que se alarma,
Entró en el estrecho puente
Y avanzó, toda azorada.

De pronto, cuando en lo alto
Del arco sutil estaba,
En cada extremo del puente
Oyó un silbido de alarma,
Y luego voces, y luego
Vió que el paso le cerraban
Por ambos lados dos hombres
Blandiendo recias estacas,
Y oyó que la maldecían,
Y vió que la amenazaban...

Despavorida, sin tino
La miserable alimaña,
Se puso de un sólo salto
Sobre el pretil, aterrada...
Vió el abismo; se detuvo
Y aún miró atrás. ¡Se acercaban!
Miró al cielo: ni una peña,
Ni una grieta, ni una rama...
¡Y aún dudó!... pero llegaron,
Oyó zumbar las estacas...
¡Y allá fué, pataleando,
Por el abismo tragada,
La de la cola espumosa,
La de los ojos de ámbar,
La de los blandos andares
Que nadie los barruntaba!

IV

El remolino furioso
Que abajo formaba el agua
Cogió la víctima débil
Que la traición le entregara;
Y no la escupió á la orilla,
Ni sumergiólá en sus aguas,
Ni la estrelló en un peñasco
Para el tormento abreviarla:
Sobre sus lomos de espuma

Cargóla con loca rabia
Y condenóla al suplicio
De girar en vueltas rápidas,
Isócronas, marëantes,
Que aturdían, que embriagaban...

V

Desde la altura del puente
Cayeron estas palabras,
Más horribles porque abajo
No sabían contestarlas:
—¡Dici Pablos que te iga
Que sigas con la ginasia,
Que mañana golveremos
A velti jacel roangas!

VI

—¿Vamos Pablos?
—Vamos, Ginio.
—¿Cuándo golvemos?
—Mañana.
—¿Ná más que mañana?
—Y siempre,
Jasta que no quedi casta.
—¿Y luego?
—Pos... si me ayúas,
Arrempujamos á Blasa,
Que cuela el puenti de nochi
Cuando güelvi de las cabras.
¡Ya tengo ganas de vela
Jaciendo abajo roangas,
Que muchas jáci valsando
Con Meregildo Pardala
Pa que me enrite de celos,
Pa que me ajogue de rabia!

JOSÉ MARÍA GABRIEL Y GALÁN.